

NOTAS

ASUNTOS ATÓMICOS

ANGELO BARACCA

Affaires Atomiques

Dominique Lorentz

Les Arènes, Parigi, 2001, 33, rue Linné, 75005, Paris

¡Este es un libro para leer! La autora reinterpreta la historia del último medio siglo a la luz de los *negocios nucleares*, gestionados por grupos de presión políticos estadounidenses mediante tráfico de influencias, chantajes y otras maniobras oscuras, entre ellas, la eclosión del terrorismo islámico.

Toda la historiografía existente, incluyendo la más acreditada, ha reconstruido la historia de la Guerra Fría a partir del Tratado de No-Proliferación (TNP): Dominique Lorentz propone una interpretación más convincente de esos acontecimientos internacionales consiguiendo una perspectiva mucho más diáfana, si es que pueden considerarse *diáfanos* los juegos sucios tramados durante estas últimas décadas por la Casa Blanca junto con sus aliados y clientes, *in primis*, Israel y Francia, pero en segundo lugar Alemania Federal, Argentina, Canadá, África del Sur, China, Brasil, India, Pakistán...

El libro proporcionará una interpretación de acontecimientos cuyo contenido no va a encajar bien con la versión oficial vigente.

El eje conductor de las relaciones mundiales de la segunda post-guerra llega a ser así la *proliferación nuclear* y el TNP la cobertura formal para estos programas. Los benévolos y cómplices controles de la Agencia para la Energía Atómica jugarían el papel, según el autor, de avalar conscientemente tales asuntos turbios, haciendo uso de su autoridad legal (pp. 37-38). Por otra parte, es conocido que las tecnologías nucleares —por ser precisamente tecnologías— son *duales*, o sea, adecuadas para usos tanto civiles como militares y es imposible trazar una distinción neta entre ambas utilidades. Los países que se han dotado de armas nucleares lo han hecho bajo la cobertura de un programa nuclear *aparentemente —supuestamente— civil*. Basta pensar que los programas de cooperación nuclear han comprendido comúnmente la construcción no sólo de reactores nucleares, sino también de plantas de enriquecimiento de uranio y de reprocesamiento del combustible (del que, como es bien conocido, se extrae el plutonio). Esto ha proporcionado por lo menos el *know how* necesario para concluir la fabricación de la bomba a aquellos países que todavía no habían sido capaces de completarla por sí mismos —como serían Alemania y Japón— pero podrían hacerlo inmediatamente si

asumimos una hipotética ayuda recibida de parte de las potencias nucleares reconocidas. De no ser así, ¿cómo habrían podido países como Alemania Federal o Argentina proporcionar a otros estados plantas de enriquecimiento o de reprocesado, con inequívoca intención militar?

Los *negocios nucleares* han sido dirigidos entre bastidores, sustrayéndose a las leyes y controles oficiales, sin conocimiento o contra la voluntad de los Parlamentos o Cámaras pues los mismos Diputados y Senadores estadounidenses han sido engañados de modo sistemático por la Casa Blanca, o simplemente no siendo informados acerca de la verdadera naturaleza de esos asuntos nucleares ni de las intenciones reales de los aliados de desarrollar únicamente programas *civiles* (algunos ejemplos de esto en las pp. 48, 77, 304-319, 340-346, 351-353, 480, 486, 512); cuando no ha sido posible evitar las leyes norteamericanas, se ha recurrido a otros países, quienes han comercializado plantas bajo patentes de los Estados Unidos. A menudo estos negocios se han desarrollado, además, en contraste con las relaciones oficiales, o aparentes: un ejemplo escandaloso es el constituido por China, cuyo plan de desarrollo de armas nucleares fue permitido por la Casa Blanca apoyándose en Francia, país que a su vez ha sido utilizado para mantener los suministros nucleares a Irán. Otros ejemplos significativos, como veremos, serán Irak, Pakistán e India, incluso aunque estos dos últimos estuviesen gravemente enfrentados por un ya histórico conflicto territorial (pp. 354, 510).

El aspecto más sorprendente del libro es que la autora no ha llegado a esta reconstrucción a través del examen de documentos secretos o de archivos. Sus fuentes han estado siempre al alcance de cualquiera que quisiese leer los hechos (y en este sentido, creo que todos deberíamos hacer una autocrítica):

— Los artículos y comentarios publicados regularmente en *Le Monde*; las memorias publicadas por personajes que han decidido los destinos del mundo con sus política e intrigas, Truman, Eisenhower, Kissinger, De Gaulle, su ministro Alain Peyrefitte, Simon Peres, Giscard d'Estaing, el Sha de Persia Reza Pahlevi.

— Ensayos e historias *oficiales* del sector nuclear, escritas por acreditados personajes: Goldshmidt, director de relaciones internacionales del *Commissariat à l'Énergie Atomique* francés; Le Guelte, adjunto a la misma dirección; Girard, vicepresidente de *Framatome* e di *Techniatome*; una obra colectiva dirigida por Paul-Marie de la Gorce y otros.

— Memorias publicadas por dirigentes de Servicios Secretos.

— Ensayos sobre las relaciones internacionales y el terrorismo...

Dominique Lorentz ha hecho —digamos *simplemente*— una lectura atenta, crítica, y sobre todo cruzada, extrayendo informes y declaraciones explícitas e inequívocas curiosamente ignoradas por los historiadores, revelando las contradicciones, las

contrafacciones de los hechos entregadas a la historia por algunos de los protagonistas para cubrir los descalabros o las maniobras deshonestas.

La única crítica que yo haría a la autora es la de no haber incluido referencias a las obras de las que extrajo las numerosísimas citas.

Esta reconstrucción de la historia reciente en términos de *proliferación nuclear* es un ensayo voluminoso, pero constituye una lectura lineal y apasionante, además de convincente. Es cierto que algunos pasajes de la obra pueden ser criticados como no ajenos de una excesiva simplificación, pero no olvidemos que Lorentz ha escrito un texto pionero y que presenta, por fuerza, zonas oscuras, pendientes de ser profundizadas en el futuro. Ciñéndonos al mensaje mejor elaborado del trabajo, encontraremos ahí explicaciones alternativas pero siempre coherentes a muchos de los acontecimientos más cruciales de estas décadas, por ejemplo, que de ordinario no se haya notado que la mayoría de los países que propusieron desarrollar un programa nuclear con fines civiles se encuentran entre los mayores productores de petróleo y gas natural (o de cualquier modo ¡bien lejos de tener preocupación energética alguna!). Tengamos en cuenta además, como ya decíamos, que los acuerdos de cooperación nuclear suscritos por los Estados Unidos —o sus mandatarios— no se limitaban a proporcionar reactores, sino también plantas de enriquecimiento y retratamiento ¡cuya vocación militar es indiscutible! Por otro lado tampoco es necesaria una excesiva perspicacia, puesto que el mismo CTBT (*Comprehensive Test Ban Treaty*) y la ONU reconocen oficialmente que 44 países disponen de las capacidades técnicas para desarrollar un armamento atómico (*Le Monde*, 15/10/99; por lo menos a los 35 marcados con un asterisco se las han proporcionado los Estados Unidos o sus aliados): África del Sur*, Alemania*, Argelia*, Argentina*, Australia*, Austria*, Bangladesh*, Bélgica*, Brasil*, Bulgaria, Canadá*, Chile*, China*, Colombia*, Corea del Norte, Corea del Sur*, Egipto*, España*, Estados Unidos*, Finlandia*, Francia*, Gran Bretaña*, Hungría, India*, Indonesia*, Irán*, Israel*, Italia*, Japón*, México*, Noruega*, Holanda*, Pakistán*, Perú*, Polonia, República del Congo*, Rumanía, Rusia, Eslovaquia, Suecia*, Suiza*, Turquía*, Ucrania, Vietnam. Ya en 1976, de hecho, el acreditado *Le Monde* advertía que *si el TNP prohibía la posesión de armas nucleares, no impedía recorrer tranquilamente todo el camino que lleva a ellas, y esto hasta los «últimos cinco minutos»* (12/08/1976); denunciaba la evidencia de que *la proliferación de las centrales nucleares, de las plantas de enriquecimiento del uranio y de las instalaciones de retratamiento del combustible provocará, sin ninguna duda, la proliferación de las armas nucleares* (8, 9 y 10/06/1975). Por otra parte, las autoridades indias han declarado cándidamente, siempre en las columnas de *Le Monde* (16/05/1998), que el TNP *constituye más un tratado de proliferación nuclear que de no-proliferación*.

Esta historia empieza inmediatamente al terminar la segunda guerra mundial. La Casa Blanca decidió, sobre el mapa geopolítico del mundo que una serie de países tenían que ser dotados de la bomba nuclear. Esta política ha resultado decisiva en el

desarrollo de los acontecimientos y de las relaciones mundiales y esclarece muchos puntos oscuros de las reconstrucciones históricas oficiales. No siempre la intención de Washington se ha llevado a cabo: a veces ha cambiado por causa de los desarrollos de las relaciones con los países designados. A menudo, como decimos, sólo ha conducido a países a la adquisición del *know how* para la fabricación de la bomba, o a su experimentación en el contexto de las colaboraciones nucleares con otros estados, incluso si en ese momento ellos no la poseían materialmente (por ejemplo, Alemania Federal y Japón tienen prohibida la fabricación de estas armas, aunque sí podrían concluirla en un tiempo muy breve: es bien conocida la polémica acerca de Japón, que recicla el combustible extinguido de sus centrales en Gran Bretaña y dispone de ingentes cantidades de plutonio, cuyo transporte es puntualmente protestado por *Amnistía Internacional*. Alemania, por otra parte, recupera su propio combustible en Francia y aunque no dispone de armas nucleares, esto no le ha impedido completarlas y experimentarlas en otros países, tales como la República de Sudáfrica).

Entre los físicos que trabajaron en el *Proyecto Manhattan* había un porcentaje muy alto de judíos, en su mayoría huidos de los países nazis y fascistas: el recién nacido estado de Israel disponía, pues, de todos los conocimientos necesarios para proyectar armas nucleares, pero carecía de las estructuras industriales necesarias para realizarlas. Gran Bretaña, que durante la guerra había participado en el programa nuclear norteamericano, quedaba autorizada para tener la bomba, pero no podía desarrollar ningún comercio nuclear con otros países. La primera operación encabezada por Washington consistió pues en una colaboración sinérgica, aunque secreta en la que, mediante un acuerdo de cooperación hábil desde 1952, los físicos israelíes concluyeron el armamento nuclear francés (la *force de frappe* no fue en ningún modo una invención de De Gaulle, y Washington proporcionó el explosivo nuclear) y Francia, con el acuerdo de reciprocidad de 1956, dotó luego a Israel de las capacidades necesarias para realizarlo a su vez, aprovechándose directamente de los experimentos nucleares franceses en el Sahara en 1960 (los parámetros de la bomba francesa fueron calculados por los físicos israelíes con una computadora norteamericana, p. 167). Resulta realmente sorprendente que hasta hace algunos años se haya hablado del arsenal nuclear israelí como hipotético, cuando su existencia ya era bien conocida desde el final de la década de los sesenta. El acreditado e insospechable Le Guelte, que hemos mencionado, escribe en la página 40 de su memoria de 1997

«Francia [...] [dio] en el más grande secreto su ayuda a Israel [...] para la realización en Dimona de un gran reactor de investigación [...] y de una planta de retratamiento» (p. 153).

De Gaulle siempre hizo creer que interrumpió toda colaboración nuclear con Israel cuando llegó al gobierno, pero la autora desenmascara agudamente esta mentira (él no pudo hacerlo por la simple razón de que el programa nuclear francés dependía de Israel). Alain Peyrefitte refiere una exclamación del General *Israel tiene la bomba*;

aunque no la ha experimentado, la tiene, y somos nosotros los que se la hemos proporcionado, fechándola en 1963, mientras que la autora determina que debe haber sido posterior (p. 150: la planta israelí empezó a producir plutonio en 1965). Los satélites soviéticos revelaron inmediatamente los enormes trabajos en Dimona; el 18 de julio de 1960 el *New York Times* habló de esto en forma explícita (p. 175). Además, en 1981 el Ministro de Asuntos Exteriores iraquí, tras el la incursión israelí contra el reactor Osirak que los franceses construían en Tamouz, declaró frente la Asamblea de la ONU:

«En 1953 (Israel) concluyó un acuerdo de cooperación nuclear con Francia. [...] En 1956 se decidió construir un reactor secretísimo en Dimona [...] En 1964 el reactor entró en funcionamiento con [...] una producción que podía alcanzar entre 5 y 7 Kg. de plutonio al año [...] Hace falta subrayar que el reactor de Dimona fue logrado por Francia» (pp. 142-143).

También en las páginas 187 y 188: nótese que Israel encargó a la empresa francesa Marcel Dassault misiles destinados a ser armados con cabeza nuclear. La adquisición por Israel de la bomba H puede fecharse sin error en 1968, cuando se ejecutaron los primeros experimentos termonucleares franceses (p. 203).

La nuclearización de Francia constituiría una defensa de Europa Occidental contra la afirmada superioridad convencional del Bloque de Varsovia y debía cubrir también la nuclearización de Alemania Federal (que nunca ha sido realizada). La autora desmascara la pretensión de *grandeur* de De Gaulle: formalmente Francia se desligó de la OTAN, pero en realidad no rompió nunca con Washington, convirtiéndose más bien en el principal exportador de tecnologías norteamericanas de Westinghouse, que ha detenido el 45 % de las acciones de Framatome hasta 1975, siendo la Casa Blanca fuertemente condicionada por sus propias leyes y por el control del Congreso. El autor de esta reseña se encontraba en Francia en 1971, y recuerda las ardientes polémicas por la decisión de abandonar las tecnologías nucleares que el país había desarrollado, con los reactores a gas-grafito, para adoptar enteramente la tecnología norteamericana para el programa *civil* francés.

Cuando en 1963 se hizo difícil esconder la colaboración franco-israelí, los Estados Unidos decidieron llevarla adelante en un tercer país, Sudáfrica, a quien Washington ya había suministrado un reactor de investigación, pero no podía continuar la colaboración hasta el extremo de dotar a este país de la bomba H, no al menos mediante un modo políticamente transparente. Se desarrolló así el programa nuclear militar sudafricano: Pretoria se convirtió así en el principal proveedor de uranio de Israel y de Alemania Federal. Ésta última había aprendido tan bien la lección (a despecho de las prohibiciones oficiales) que fue encargada a su vez de otras colaboraciones nucleares, en particular con Argentina. En la década de los noventa Sudáfrica

desmanteló sus armas nucleares, pero, por cierto, no desmanteló los cerebros de los científicos ni de los técnicos que custodian el *know how*.

La crisis de Berlín de 1961 fue motivada también por la oposición de la URSS a la nuclearización de Alemania Federal, que Washington creía necesitar como barrera hacia el Este; por esta razón desplegó misiles nucleares en Turquía. El despliegue de los misiles soviéticos en Cuba en 1962 supónia la reacción. La crisis, aparentemente superada por mérito de la firmeza de Kennedy, marcó en la realidad la victoria de Kruscev, quien consiguió el desmantelamiento de todas la bases nucleares de las dos súper-potencias en países extranjeros (Capítulo 3).

El libro reconstruye puntillosamente la historia y los acontecimientos, a menudo tortuosos, de los proyectos nucleares deseados por la Casa Blanca y materializados a través de sus aliados: después del conflicto de 1962 entre China e India, fue el momento de la India (el experimento de 1974 fue desde luego una bomba H y había sido proporcionada por Washington, p. 267); Argentina (a quien los alemanes habían vendido un reactor de potencia en 1968, mientras que una pequeña planta de extracción de plutonio empezó a funcionar alrededor de 1970, p. 249), en el Brasil de la dictadura militar y luego China, Egipto, Irak e Irán.

«Así, la lógica infernal de la disuasión nuclear llevaba a los Norteamericanos a dotar a la India de la bomba atómica para evitar ser amenazada por China; a suministrar un arma nuclear a Pakistán para se protegiera de Afganistán; a fortalecer el potencial nuclear de China para que no fuera atacada por los soviéticos; a dotar de la bomba atómica a Taiwán para equilibrar la potencia de China; a armar a Japón para protegerlo de China, de Corea del Sur y de Corea del Norte; a facilitar la bomba a Corea del Sur para ponerla al abrigo de Corea del Norte» (pp. 169-170).

¡Es verdaderamente el corolario de la estrategia obsesiva, paranoica y proterva de Washington!

Muy interesante resulta la reconstrucción documentada de la Guerra del Kippour de 1973 (Capítulo 8), donde Nixon había maquinado una compleja táctica.